

EL ANTIMILITARISMO DE ADA COLAU



Moisés Cayetano Rosado

Doctor en Geografía e Historia

La alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, no ocultó su malestar por la presencia de militares en el Salón de la Enseñanza, que se celebra en Barcelona en estos días finales del invierno, y les dijo claramente que no le agradaba tenerlos en el certamen (<https://www.youtube.com/watch?v=a0Qlt4eH9Ls>).

El desaire, manifestado al saludar a un coronel, al lado de su stand - aunque con muchas sonrisas por parte de la primera edil barcelonesa-, no deja de ser un acto insólito en las relaciones institucionales de la representación política con los representantes del Ejército de la nación.

Pienso que para muchas personas la imagen de los militares les viene dado por lo que en la historia, y concretamente la de los siglos XIX y XX, ha podido significar. No hay más que repasar los textos de nuestros más señalados escritores, o las mismas declaraciones de algunos mandos militares para entenderlo de esta forma.

Así, Valle Inclán, en la novela “La Corte de los Milagros” (1927), referida a la Corte de Isabel II (**mediados s. XIX**), escribe: *Los héroes marciales de la revolución española no mudaron de grito hasta los últimos amenes. Sus laureadas calvas se fruncían de perplejidades con los tropos de la oratoria demagógica. Aquellos milites gloriosos alumbraban en secreto una devota candelilla por la Señora. Ante la retórica de los motines populares, los espadones de la ronca revolucionaria nunca excusaron sus filos para acuchillar descamisados. El Ejército Español jamás ha malogrado ocasión de mostrarse heroico con la turba descalza y pelona que corre tras la charanga.*

Arturo Barea, en “La Ruta” (1951), referida a su experiencia en la Guerra de Marruecos contra los independentistas rifeños (en los **años veinte del siglo XX**), nos narra: *El general que conquistó la kábila estaba en su tienda delante de una mesa: un cabo de vela encendido, una bandeja y dos botellas de vino, rodeadas de varios vasos. Iban entrando los oficiales de cada una de las armas que realizaron la conquista, con su lista de muertos y heridos. Cada oficial traía dos o tres muertos, diez o doce heridos. El ayudante del general apuntaba. El general invitaba a un vasito de vino. Los oficiales se iban soñando con las cruces que aquellos muertos les hincarían sobre la guerrera al lado del corazón. En la noche, luego, se oían los ronquidos del general, ronquidos de viejo borracho que duerme con la boca abierta, los dientes en el fondo de un vaso.*

El general Queipo de Llano, en uno de sus discursos radiofónicos de **1936, al inicio de la terrible Guerra Civil**, exclamaba: *Nuestros valientes legionarios y regulares han demostrado de rojos cobardes (sic) lo que significa ser hombres de verdad. Y de paso también a sus mujeres. Esto está totalmente justificado porque estas comunistas y anarquistas predicán el amor libre. Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berren y pataleen*(<https://www.youtube.com/watch?v=9weVo7tCvjc>).



De esa “memoria histórica” pudiera venir el rechazo. Pero los tiempos son otros, las funciones son distintas, y la responsabilidad de las actuaciones militares caen precisamente en las filas de aquellos que, como Ada Colau, son elegidos por el pueblo: los políticos.

Tengo muchos amigos militares. En España, y especialmente en Portugal. Algunos -de este querido país vecino- han sido precisamente aquellos que derrumbaron la dictadura salazarista y propiciaron el régimen democrático que disfrutan desde 1974, jugándose la vida. Mis amigos son unos suboficiales, oficiales otros, jefes algunos más y también generales de distintas armas. Buena parte de ellos con estudios universitarios, con conocimiento de diversos idiomas, con afán investigador histórico, económico, social... en lo que se desenvuelven con brillantez.

Como en todas las profesiones, los hay con mejor y con peor disposición profesional y personal, pero no reconozco en ellos a los espadones sanguinarios que describe con tanta agudeza Valle Inclán; ni a los desaprensivos, crueles y egoístas que retrató Arturo Barea; ni a los brutales, deshumanizados, ofensivos que retrata en su misma persona Queipo de Llano.

Posiblemente Ada Colau se ha confundido de siglo, y de país, y de personas. Solo hay que ver la actitud del coronel que recibe la “reprimenda”. Aunque fuera únicamente por eso, merecería estar en el Salón de la Enseñanza: por lo que esa actitud serena y receptiva -y la de sus compañeros- nos enseña de cómo comportarse ante las contrariedades y desaires.

11 marzo 2016

